

Autonomía, redes de significación e impacto institucional

■ *de los movimientos sociales**

Sergio Tamayo Flores-Alatorre

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

Área de Estudios Urbanos



Cuando Leslie me comentó acerca de su libro, mi primera impresión fue que éste podría ser una importante fuente de información para los estudios de los movimientos sociales urbanos y así se lo comuniqué, a lo que ella me explicó que no aspiraba a tanto, que en realidad era solo una serie de testimonios más o menos agrupados cronológicamente y que abordaban distintos aspectos de la lucha de los damnificados del terremoto de 1985 en la ciudad de México. No obstante su terquedad, cuando tuve la oportunidad de leerlo y analizarlo con más detalle, me di cuenta que me había quedado corto: el libro no sólo es una excelente fuente de información, sino una referencia obligada para entender diferentes aspectos y perspectivas de los movimientos sociales, sus características internas, sus contradicciones, sus posibilidades latentes y manifiestas, y su impacto en la transición a la democracia en países latinoamericanos como México.

Me llamó la atención que el libro esté lleno de referencias históricas y de nombres de actores reales, mismos que permiten ubicar eventos en tiempo y espacio. Por ejemplo, encontramos dos tipos de actores, por un lado están los dirigentes del movimiento social, que son, diría, los protagonistas del libro, desde Cuauhtémoc Abarca hasta Alejandro Varas, pasando por Francisco Alvarado, Miguel Armas, René Bejarano, Evangelina Corona, Javier Hidalgo, Carlos Ortega, Gabriel Rosas, Paco Saucedo y la misma Leslie Serna. Por otro lado están las autoridades, como Enrique Jackson, Salazar Toledano, Carrillo Arena, Emilio Gamboa Patrón, Ramón Aguirre y Cecilia Soto, quienes fueron los interlocutores durante la primera etapa de la reconstrucción; después se nombra a Parcero López, Carlos Salinas, Manuel Camacho, Manuel Barlett y Manuel Aguilera Gómez, entre otros. Personajes todos de la

* Comentario al libro Serna, Leslie *¡Aquí nos quedaremos!*
Testimonios de la Coordinadora Única de Damnificados, Universidad
 Iberoamericana y UNIV, 1995.

política nacional, ahora ubicados en nuevos escenarios políticos.

El libro, efectivamente, está estructurado cronológicamente; sin embargo, el trabajo de edición de Leslie hace que la lectura sea amena y aún más, analítica. Una de sus cualidades es el presentar una descripción cronológica que además confiere una explicación analítica de las fases del movimiento, de los factores que intervinieron en su surgimiento, de las tensiones internas entre dirigentes, de los conflictos interinstitucionales, del desarrollo y transformación de la Coordinadora Única de Damnificados (cud); y ciertamente nos muestra la capacidad política e intelectual de la autora.

Leslie presenta el libro *¡Aquí nos quedaremos!* como un trabajo no académico, porque no pretende ser un análisis teórico de la experiencia de damnificados. Limitado por tal precisión, la pretensión es únicamente contribuir a la construcción de la memoria escrita de los movimientos sociales en nuestro país, no obstante, en su verdadera esencia el libro nos permite estructurar muy bien las etapas de nacimiento, consolidación y transformación del movimiento de damnificados.

Durante los primeros cien días después del terremoto de 1985, Leslie presenta la búsqueda que las organizaciones realizaron para conseguir recursos financieros, técnicos, comunicativos y religiosos, fundamentales para el desarrollo de los grupos que fueron alimentados por cuadros experimentados en el activismo social.

Poco después, muestra el auge del movimiento en el proceso de reconstrucción y expone claramente tanto las pugnas internas de la élite política, como las tensiones que se dieron entre los integrantes de la cud al confrontarse diferentes alternativas, y la manera en que las resolvieron. Describe las demandas sociales que fueron constituyendo un proyecto

amplio de ciudad, desde las ideas sobre renovación urbana, el rescate de la arquitectura y los centros históricos, las alternativas dignas de vivienda al Programa de Renovación y el Programa Fase II, los proyectos independientes apoyados por fundaciones y ONGs, hasta la definición de los aspectos culturales y el enraizamiento de una visión de género en la lucha social urbana.

Finalmente, la autora recupera las principales reflexiones de los dirigentes sobre el destino final de la cud. Lo más importante de esto es notar los enormes dilemas que vivieron sus protagonistas, cómo los enfrentaron y qué alternativas dieron. Por todas estas razones, este libro es un excelente material que brinda amplias posibilidades empíricas con las cuales adecuar, adaptar o reajustar las teorías de los movimientos sociales e intentar una explicación del fenómeno desde una perspectiva latinoamericana.

A diez años del sismo, Leslie hace una verdadera contribución plural, sin censuras, mostrando con claridad cómo sus dirigentes vivieron el movimiento. El libro es un ejemplo, considero, de sensibilidad política y de historia social, leerlo, estudiarlo, tenerlo como referente nos servirá para adecuar aspectos teóricos y metodológicos sobre los movimientos sociales, que pueden ser de muy variadas posibilidades. Quisiera destacar por ahora sólo tres de ellos que me parecen importantes para el debate actual sobre la acción colectiva: el concepto de autonomía de los movimientos sociales; el concepto, manejado por Alberto Melucci, de redes de significación; y el impacto institucional del movimiento.

Sobre el concepto de autonomía. Uno de los aspectos sugerentes de la teoría de los *nuevos movimientos sociales* es precisamente su flexibilidad organizativa. Clauss Offe nos dice que los nuevos movimientos sociales no tienen las propiedades de

las organizaciones formales, ni principios ideológicos coherentes, ni códigos políticos; y reivindican la autonomía de los partidos políticos y la independencia política del estado. Al resaltar en general tales características como esenciales, la literatura de los nuevos movimientos sociales habla entonces de movimientos espontáneos, de la libre participación de la sociedad civil, de un rechazo a las formas rígidas de los partidos y de un proceso de ciudadanía.

El libro de Leslie nos sugiere otra cosa. De sus rasgos notables, en efecto, es que el movimiento de damnificados surgió espontáneamente a partir de una necesidad real, precipitado, siguiendo a Neil Smelser, por un evento extraordinario, el terremoto de 1985. Pero este factor precipitante no pudo, por sí solo, determinar el movimiento de damnificados. Debí darse en un contexto, y aquí estoy pensando en Giddens, donde confluyeran otros factores determinantes, por ejemplo, *la tensión estructural*, es decir el miedo a la pérdida de bienes, en este caso la vivienda y la crisis económica, y *el factor de la movilización de los participantes de la acción*, es decir, el comportamiento de los líderes, entre otros factores.

En el caso de los damnificados, el movimiento se expresó por la iniciativa de activistas y militantes políticos ya experimentados que se vincularon con organizaciones existentes o crearon otras. En mucho el movimiento se definió por los protagonistas del libro de Leslie, y en mucho también cada organización social tuvo un perfil político de acuerdo a la organización política a la cual estaba vinculada. René Bejarano comenta que la historia del movimiento urbano es la historia de la diáspora de la izquierda y de su unidad. Creo que tiene razón. Para recuperar esta visión habría que ubicar al movimiento de damnificados como un proceso que fue reforzado y crea-

do por organizaciones políticas de izquierda: Marco Rascón, por ejemplo, formó el Comité de Lucha Inquilinaria del Centro con dos compañeros que vivían en Leandro Valle 20; Paco Saucedo explica que previo al surgimiento del movimiento de damnificados, todos los activistas de la Guerrero tenían ya un referente político, estaban convencidos de la necesidad de elevar la conciencia revolucionaria de las masas, y eso, sigue explicando, les daba sentido de existencia, así que estudiaban y teorizaban en esa dirección. Parecidas experiencias nos cuenta Leslie Serna, Oscar Cabrera, Germán Hurtado y Dolores Padierna. Todos y todas con capacidad política adquirida con anterioridad, que aunque no extraordinaria, como afirma Armando Palomo, "sí muy importante en cuanto a elaborar propuestas, ideas, conocimientos sobre lo urbano, distinto a lo oficial".

Así como hablamos de nombres reales, podemos hablar de organizaciones políticas reales como la Corriente Socialista, la ACNR, Punto Crítico, el MRP, la OIR, el PRT, el PTZ, el PSUM-PMS y el PRS, de las Comunidades Eclesiales de Base y de la Iglesia del Pueblo, entre otras. No debe extrañar entonces que la vida, el éxito o fracaso de los movimientos sociales haya estado indisolublemente ligada a organizaciones políticas. Y no sólo esto cuenta, también la reivindicación de la autonomía e independencia ha surgido básicamente de estas organizaciones políticas y no propiamente del movimiento.

Con esta idea no quiero decir que los movimientos sean exclusivamente creaciones de líderes iluminados. La teoría de las multitudes considera que los individuos pierden la racionalidad en la participación colectiva, y por lo tanto son fácilmente manipulables e incluso sujetos de hipnosis por líderes ambiciosos. Aquí no es el caso, Oscar Cabrera argumenta que los líderes no hacen los movimientos,

es la gente quien los hace; en esta tradición intelectual, Peter Worsley describe muy bien la relación dialéctica entre líder y masas, en la cual el carisma del líder es creada por la acción de las masas, y éstas se ven a su vez reflejadas en el líder a través de su conducción política y por el tipo de mensaje que dirige, cuyo contenido, por consiguiente, es ajustado y adecuado constantemente por la participación colectiva.

De todas formas, me parece que el concepto de autonomía e independencia debe ser revisado en su forma teórica como característica de los movimientos sociales, pero habría que insistir en retomarlo como término que adquiere diferentes dimensiones dependiendo de la experiencia de militantes y el tipo de organización política de que se trate.

Sobre las redes de significación. Melucci define las redes de significación como formas de interacción entre participantes de un movimiento, donde se van confrontando diferentes interpretaciones de experiencias tanto individuales como colectivas. Las acciones colectivas tienen dos polos interrelacionados, el polo visible de la organización y el polo latente. El polo visible es la acción pública, las movilizaciones colectivas, lo que se ve del movimiento. El polo latente son las redes escondidas de solidaridad, es la fuerza efectiva del movimiento, su cohesión interna, la necesidad de innovar la vida cotidiana de los miembros. Obsérvese pues que para la teoría del recurso de la movilización en su variante fenomenológica, la organización importa no como un instrumento u objetivo en sí mismo, sino como una forma de practicar la democracia y la tolerancia. La organización, para Melucci, es la base de la solidaridad interna y una confrontación simbólica con el sistema externo, implica la combinación de relaciones flexibles, de procesos de

auto-reflexión y de producción de códigos culturales o simbólicos de sus agremiados. Combinación esta que permite romper las tensiones internas causadas por diversas experiencias, distintos niveles de participación y distintas perspectivas de acción.

En el libro *¡Aquí nos quedaremos!* esto se evidencia a dos niveles. El primer nivel se dio a partir de las reflexiones que los participantes hicieron al interior de sus propias organizaciones. Gabriel Rosas nos habla de la discusión interna que se dio para conformar Amanecer del Barrio, después con la Centro Morelos y, finalmente, la Valle Gómez. Se discutía con la Corriente Socialista y se confrontaban ideas para avanzar en otros aspectos de carácter práctico. Para Miguel Armas la experiencia fue la capacidad de incorporar inclinaciones de todo tipo: hubo que considerar preferencias religiosas, políticas y sociales; se quiso, dice, relacionar con todos los niveles de la vida cotidiana "no bajo la idea de someter a los demás, sino de fomentar una cultura de tolerancia".

El segundo nivel se dio en las discusiones entre organizaciones sociales, en la conformación de la *cub* y en la forma de hacer política unitaria. Armando Palomo dice que el germen de la *cub* fue a través de reuniones discretas donde participaban distintas corrientes políticas y se generaban consultas amplias acerca de por dónde podría ser el camino más apropiado. La *cub* se formó por diversas organizaciones y sin embargo como dice Dolores Padierna: "Los análisis y las posiciones diferentes, los niveles dispares de organización, los distintos grados de experiencia y compromiso no evitaron que la *cub* se erigiera como una organización de masas independiente y democrática". Esta autoreflexión y la constitución de nuevos códigos simbólicos se materializó con la firma del Convenio de Concertación Democrática que muchas organiza-

ciones firmaron con el gobierno. La discusión sobre el Convenio fue amplia, los flujos de comunicación interna fueron intensos y la reflexión llegó a niveles extremos de confrontación ideológica. Ejemplos que se ubican en estos dos niveles nos muestran que la combinación de tales factores, flexibilidad organizativa, auto-reflexión y significación, permitió que las tensiones internas fueran resueltas con éxito.

No obstante lo anterior, hubo situaciones que no pudieron resolverse de igual forma. El caso de la fusión entre dos uniones del Centro que formó la Unión Popular Nueva Tenochtitlan es ejemplar. Para René Bejarano la fusión no funcionó porque no hubo la cultura suficiente para convivir en la unidad respetando la diversidad; es decir, siguiendo a Melucci, faltó la constitución de redes de significación lo suficientemente flexibles para salvar las tensiones que se dieron entre miembros de las dos organizaciones. Para Leslie este problema se ubicó en que la definición política de la militancia no correspondió con las aspiraciones reales de las bases sociales de las organizaciones. Es decir, faltó, también, resolver equilibradamente las tensiones internas en cada una de las organizaciones.

Este dilema se observa además, con la escisión de la *cub*, en el momento en que ya el movimiento de damnificados no daba para más. Las alternativas para generar propuestas futuras se confrontaron radicalmente. Para unos, por ejemplo Paco Alvarado, la *cub* había cumplido su ciclo. Para otros, como Alejandro Varas, la *cub* tenía todavía una misión que cumplir. Se presentó entonces un rasgo nuevo: la intolerancia. Las tensiones no pudieron ser resueltas y el movimiento se dividió.

Me parece que el tratamiento del concepto de redes de intercambio simbólico, digamos aspectos ideológicos, cultura política y ejercicio de la democracia en la participación cotidiana, es una aproxi-

mación teórica que debiera ser profundizado en el análisis de los movimientos sociales como algo fundamental para entender el desarrollo de la acción colectiva. Aspecto que está expuesto en el libro a partir de los sentimientos de los dirigentes.

El tercer y último comentario es sobre *los efectos de la acción colectiva*. Claus Offe, Melucci, Smelser, Castells, etcétera, consideran los efectos de la acción de los movimientos sociales como fundamentales para entender la estructura de éstos, sus posibilidades de éxito o su declinación. El libro que se reseña muestra los efectos que el movimiento de damnificados logró sobre las instituciones. Acotaría tres de ellos.

Uno fue la firma del Convenio de Concertación. A pesar de que la discusión fue muy fuerte entre las organizaciones, al final todas ellas aceptaron que había sido adecuado hacerlo, sobre todo porque se legitimó política e históricamente a los movimientos sociales. La autora explica que el Convenio fue una conquista "no solo en términos de las condiciones para la reconstrucción sino una conquista política porque el sistema político mexicano no estaba acostumbrado a reconocer interlocutores independientes". Y si el Convenio reflejó logros específicos como fueron la expropiación de predios y el financiamiento especial para los monumentos históricos, el impacto sobre las instituciones fue contundente. A este respecto Carlos Ortega cuenta que Virginia Issac, representante entonces del INAH ante Renovación Habitacional, en un seminario sobre Monumentos Históricos en Europa afirmaba que la acción de los movimientos sociales hizo modificar la visión del INAH sobre la restauración y su función social.

El movimiento transformó el tipo de participación social. Es posible que después de 1988 el movimiento social se haya atomizado, pero ganó en

cantidad y en conciencia cívica. Muchos sectores se hicieron escuchar a partir de los damnificados. Leslie es inequívoca cuando afirma que "el movimiento de damnificados ganó el programa de renovación y construcción de viviendas más grande en la historia de la ciudad de México. Sin duda, esto motivó el optimismo en vastos sectores de la población para organizarse y luchar por el derecho a la vivienda, originándose un nuevo movimiento urbano en la capital".

En efecto, no solo constituyó un nuevo movimiento urbano, sino el mismo movimiento de damnificados se transformó a sí mismo: renacieron los viejos referentes recobrando su lugar después de la reconstrucción, como dice Armando Palomo. Pero también se intentaron nuevas formas como las experiencias del Frente Continental, el Frente Metropolitano, la Asamblea de Barrios, el Frente del Pueblo, la Alianza para la Integración Vecinal, etcétera. El problema fue que, al no resolver las tensiones internas para construir otra alternativa única diferente para el momento histórico que se vivía, se resolvió con integraciones regionales y proyectos alternativos. Se verían de nuevo en la contienda electoral de 1988, con sus propios candidatos, recuérdese tan sólo que, como Marco Rascón explica, 1985 "fue el estallido de la participación ciudadana que rompió con todos los mecanismos de control de la ciudad, pero su expresión política fue en 1988, que no se podría explicar sin 1985".

Sin embargo, hay otro tipo de impacto que el libro de Leslie no aborda, debido quizá a que no era ésta la finalidad. Me refiero a los efectos sobre la vida cotidiana. En los comentarios de las dirigentes se deja ver un proceso de auto-aprendizaje. Magdalena Gaytán explica que antes del activismo era una ama de casa "totalmente dedicada a mis hijas, no sabía nada de organizaciones ni de nada."

Dolores Padierna deja entrever su propio proceso. Muchas otras mujeres modificaron substancialmente su vida cotidiana para darse en cuerpo y alma al movimiento, desafiando maridos y descuidando hijos. En un capítulo del libro se señala "se me abrieron caminos para crecer como dirigente y mujer".

Estos procesos son profundamente aleccionadores. Pero en una perspectiva más circunscrita se observa que el impacto de un movimiento social sobre la vida cotidiana es más dialéctico. Me gustaría ejemplificar esto. Francesco Alberoni ha trabajado dos aspectos que se relacionan estrechamente: el movimiento colectivo o movimiento naciente y las instituciones. Al primero lo describe como el estado de efervescencia social, la acción colectiva, el proceso por el cual se rompe la vida cotidiana, entendida genéricamente como institución; es *atravesar el río prohibido de la transgresión*. La institución es, al contrario, el mundo de las reglas, de la certidumbre, de la estabilidad; es el tener todos los caminos marcados, el ámbito de las prohibiciones y de las obras, no de la fe, ni de la imaginación, ni de la creatividad. Y en un libro más reciente Alberoni hace una analogía entre los conceptos de movimiento e institución y aquellos de enamoramiento y amor.

Para efecto de lo que quiero explicar aquí, diré únicamente que el enamoramiento es el estado naciente de la efervescencia, de la liberalización de energía, de la transgresión. Pero en el enamoramiento, que es un movimiento colectivo de dos, puede darse una relación desigual, es decir que uno este más enamorado que otro o que solo busque la excepcionalidad y lo extraordinario sin incidir necesariamente en el amor o que sea una relación no auténtica, cuando el otro es un medio y no un fin, cuando el otro empieza a interponerse entre lo que deseamos, cuando no quisiéramos depender de ella o de él, o cuando al prescindir de ella o de él nos

alegramos. Todo esto implica un proceso de destrucción del enamoramiento, es decir, del estado naciente. La destrucción del enamoramiento conlleva pues sentimientos de nostalgia u odio.

En el caso del movimiento de damnificados muchas familias, mujeres y hombres se valoraron en él. Pero muchas otras vieron desaparecer su euforia porque las expectativas que se crearon no fueron cubiertas o porque lograron ya lo que querían o porque se evitó su participación a través de la interposición de instituciones, etcétera. Oscar Nuñez en su libro *Innovaciones Democrático-culturales del Movimiento Urbano Popular*, toca algo de este problema para el caso de las mujeres. Para Oscar el asunto es que hay mujeres comprometidas con el movimiento, plenamente conscientes; pero hay otras que rompieron con su familia, debido al movimiento, y al final no vieron realizadas sus expectativas originales. Ellas dicen: "yo le di todo al movimiento, pero este qué me dio". "Qué gané, después de haber perdido a mi marido y a mis hijos". Hay, entonces, mujeres que regresan al estado anterior, a su vida cotidiana previa, estable y rutinaria, muchas veces reproduciendo de nuevo la violencia del hombre sobre la mujer, el autoritarismo y el patriarcalismo. Y esto también es un efecto del movimiento, que considero ha sido poco estudiado.

Sería interesante conocer hasta qué grado un movimiento realmente transforma los códigos simbólicos de la vida cotidiana, en los hombres, las mujeres, los jóvenes, los niños, la familia, la vecindad.

Corolario

El libro que presenta Leslie hace la crónica de la gestación de un movimiento, su desarrollo y su transformación. Lo más importante es que se describe desde adentro, desde los protagonistas, y al

leerlo nos introduce hasta las entrañas mismas de la acción. La estructura del libro contada así me replantea el concepto de Alberoni de estado naciente, porque por definición, este es transitorio. Un movimiento no es un estar, sino un ir hacia... Esta visión es extraordinariamente ilustrativa si pudiera llegar a cambiar la perspectiva de observar al movimiento como una cosa en sí misma. Al contrario, un aspecto esencial es verlo como un proceso, como una transición y como una construcción histórica. Cuando todo funciona bien, dice Alberoni, el enamoramiento termina en el amor o en otros términos el movimiento produce institución, pero para producirla el movimiento debe operar primero transgrediendo la institución precedente, y eso es lo que el movimiento de damnificados hizo, transgredió las instituciones mexicanas. En su extraordinaria actuación desnudó las instituciones y las acusó de hipócritas. Es posible contestar así porqué las instituciones le tuvieron horror al movimiento. Resulta sintomático que toda institución le tenga horror al estado naciente, porque su lógica de acción y de existencia es totalmente diferente.

Por consiguiente, el estado naciente es transitorio y es positivo que así sea, porque es la antítesis de lo institucional. No obstante, si el estado naciente significa la transgresión de una institución, su objetivo empero es constituirse en otra institución. Pero si de formar instituciones se trata, interesa insistir que el destino de un movimiento puede ser muy variado: puede en efecto llegar a transformar instituciones o transformarse en una institución, pero puede también ser un movimiento que desaparece sin éxito o desvanecerse en la misma institución anterior que quería transformar y no pudo.

En el libro, Cuauhtémoc Abarca establece que "la desaparición de la cub depende del enfoque con que se vea. Puede verse como un debilitamiento de

la lucha urbana, pero por otro lado se puede ver como una muestra de la enorme vitalidad de la CUP que generó y fructificó en un abanico de organizaciones muy amplias, que han abarcado los más diferentes aspectos de la lucha urbana democrática en nuestro país". O quizá haya sido como afirma Armando Palomo: "Al final se hizo realidad eso de que nos reproducimos por bipartición celular... partiéndose sin que mueran las células originales. Desafortunadamente, en términos del acumulado histórico el movimiento es pobre pero posiblemente ésa es la realidad de los procesos sociales urbanos, tal vez así funcionan, aunque nosotros quisiéramos que fuera de otro modo."

En cualquier caso, lo cierto es, como Leslie dice, que "los desprendimientos ocurrieron en diversos momentos hasta que nuevas estructuras reemplazaron las previas". El movimiento transformó instituciones, se transformó a sí mismo y se desvaneció produciendo nuevos estados nacientes, es decir nuevos estados de enamoramiento.

En síntesis, para compartir la pasión por los movimientos sociales y si lo que queremos es profundizar en todos estos aspectos, rescatando experiencias empíricas, lo único que nos queda es leer ¡Aquí nos quedaremos...!

